

narse la enorme dicha de ser el uno del otro? Por otra parte, no lo hacían adrede; era un fenómeno natural.

—Corriente, nos casaremos puesto que V. lo desea, abuela. El hará lo que yo quiera... Pero más tarde: no hay prisa.

Y Clotilde sostenía su serenidad risueña. ¿Puesto que vivían fuera del mundo, á qué inquietarse por él?

La vieja señora de Rougon tuvo que marcharse, dándose por contenta con aquella vaga promesa. Desde entonces, en el pueblo fingió, haber roto toda relación con la Souleiaide, aquel sitio de perdición y de vergüenza. No volvió á poner allá los pies; sufría noblemente el duelo de la nueva aflicción. Pero no se descuidaba, siempre en acecho, dispuesta á aprovechar la menor circunstancia para penetrar en la plaza, con su tenacidad, que siempre le había dado la victoria.

Por aquel entonces Pascual y Clotilde cesaron de encerrarse. No hubo en ellos provocación alguna; no pretendían responder á los rumores maliciosos haciendo pública su felicidad. Su salida se produjo como una expansión natural de su júbilo. Lentamente, su amor había sentido necesidad de amplitud y

espacio, primero fuera de la alcoba, luego fuera de la casa, después fuera del jardín, en el pueblo, en el vasto horizonte. El amor lo llenaba todo, les daba el mundo entero. Pascual reanudó sus visitas; y llevaba consigo á la joven, yendo juntos por los paseos, por las calles; ella apoyada en el brazo del doctor, con traje claro y flores en la cabeza, y él con su levita abrochada y su sombrero de alas anchas. Pascual estaba enteramente cano; Clotilde, toda rubia. Caminaban con la cabeza alta, erguidos y sonrientes, en medio de tal esplendor de felicidad, que parecían caminar á la gloria. La emoción que causaron en el pueblo fué enorme: los comerciantes salían á las puertas, las mujeres se inclinaban en las ventanas, los transeúntes se detenían para seguirles con los ojos. Se cuchicheaba, se reía, se les señalaba con el dedo. Parecían temer que aquella curiosidad hostil concluyera por extenderse á los pilletes y les hiciese apedrear á la pareja. Pero eran ambos tan hermosos: él soberbio y triunfal: ella tan joven, tan sumisa y tan satisfecha... que poco á poco el mundo sintió invencible indulgencia y transigió. No se podía menos de envidiarles y amarles, por encantador contagio de

ternura. Se desprendía de ellos un encanto que trastornaba los corazones. El pueblo nuevo con su población burguesa, de funcionarios y de ricos, fué la última conquista. El barrio de San Marcos, á pesar de su rigorismo, los acogió en seguida con discreta tolerancia, cuando recorrían las desiertas aceras salpicadas de hierba, á lo largo de los viejos palacetes silenciosos y cerrados, de los cuales se exhalaba el perfume evaporado de los amores de otro tiempo. El barrio antiguo fué el que les agasajó más pronto; aquel barrio, cuyo pueblo bajo, impresionable por instinto, sintió la gracia de la leyenda, el mito profundo de aquella pareja, la joven sosteniendo al maestro rejuvenecido. Adoraban allí al doctor por su bondad, y su compañera fué pronto popular, saludada por gestos de admiración y de alabanza cuando pasaba. Ellos, entre tanto, si habían aparentado ignorar la hostilidad primera, adivinaban ahora el perdón y la amistad cariñosa de que estaban rodeados, y ese perdón les hacía más buenos: su dicha sonreía al pueblo todo.

Una tarde, al volver Pascual y Clotilde la esquina de la calle de la Banne, vieron en la acera de enfrente al doctor Ramond. La no-

che anterior, precisamente, supieron que se decidía á casarse con la señorita de Levéque, la hija del abogado. Adoptaba el partido más razonable, pues los intereses de su posición no le permitían esperar más, y la novia, muy linda y muy rica, le amaba. El acabaría por amarla también, de seguro. Clotilde se complació en sonreírle, para felicitarle amistosamente. Pascual le saludó asimismo con ademán afectuoso. Ramond, emocionado por el encuentro, quedó perplejo un instante. Su primer movimiento fué atravesar la acera. Luego debió de asaltarle un escrúpulo, la idea de que sería brutal interrumpir aquel ensueño y penetrar en aquella soledad. Se contentó con un saludo amistoso, una sonrisa, con la cual perdonaba la dicha ajena. Y todos tres quedaron complacidos.

Hacia algún tiempo que Clotilde se entretenía, casi diariamente, en dibujar un pastel, donde evocaba la tierna escena del viejo rey David y de Abisaig, la joven Sunamita. Era la evocación del ensueño: una de esas composiciones fugaces donde la soñadora infiltraba su afición al misterio. Sobre un fondo de flores caídas, formando lluvia de estrellas, de un esplendor bárbaro, el viejo rey aparecía de frente, con la mano apoyada

en la espalda marmórea de Abisaig; y la muchacha, muy blanca, estaba desnuda hasta la cintura. David, vestido suntuosamente con una túnica de joyante seda, cargada de pedrería, llevaba la diadema real en sus cabellos de nieve. Abisaig estaba más lujosa aún con sólo la tersura de azucena de su piel, con su talle delgado y largo, su garganta menuda y torneada, sus brazos suaves, de una gracia divina. El reinaba, y se apoyaba como dueño poderoso y amado en aquella niña elegida entre todas, tan orgullosa por haber sido escogida, tan entusiasmada por dar á su rey la reparadora sangre de su juventud. Su desnudez límpida y triunfante expresaba la calma de su sumisión, el don tranquilo, absoluto, que hacía de su persona ante el pueblo reunido, á la clara luz del día. El era muy grande, ella muy pura, y ambos irradiaban un resplandor de astro.

Hasta el último momento, Clotilde había dejado las caras de los dos personajes medio esbozadas, borrosas. Pascual la embromaba, emocionado, detrás de ella, adivinando lo que quería hacer. Y así fué: Clotilde terminó las caras con algunos trazos de lápiz; el viejo David era él, y ella era Abisaig la Sunamita; pero permanecían envueltos en

una claridad de sueño, divinizados, con sus cabelleras una toda blanca, otra rubia, que les cubrían como un manto real, con rasgos alargados por el éxtasis, elevados á la beatitud de los ángeles, con mirada y sonrisa de inmortal amor.

—¡Ah! Querida mía—exclamó él—nos pintas demasiado guapos. Vuelves á tus sueños, ¿te acuerdas?, como en los días en que yo te reñía porque pintabas todas las quiméricas flores del misterio.

Y señalaba con la mano á las paredes, á lo largo de las cuales se extendía la colección fantástica de los antiguos pasteles, aquella flora increada que retoñaba en mitad del paraíso.

Pero ella protestaba alegremente.

—¿Demasiado guapos? ¡No me acerco siquiera á la realidad! Te aseguro que así es como siento y veo á los dos, y así somos... ¡Toma, dime si no es la verdad pura!

Había cogido la Biblia del siglo xv, que estaba al alcance de la mano, y le enseñaba el ingenuo grabado en madera.

—Ya ves: lo mismo.

Pascual rió dulcemente ante aquella tranquila y extraordinaria afirmación.

—¡Vamos, te ríes, te fijas en los pormeno-

res del dibujo! Es necesario penetrar en el espíritu... ¡Mira los otros grabados qué bien están! ¡Yo dibujaría á Abraham y Agar, á Ruth y á Booz, á todos los profetas, pastores y reyes, á quienes las jóvenes humildes, los parientes y los servidores han dado su juventud! Todos son hermosos y felices; ya lo ves.

Dejaron de reir, inclinados sobre la Biblia antigua, cuyas páginas pasaba Clotilde con sus dedos delgados. El, colocado detrás, mezclaba su barba blanca con los rubios cabellos de la joven, sintiéndola, respirándola toda entera. Puso los labios sobre la delicada nuca, besando su juventud en flor, mientras desfilaban los grabados en madera, aquel mundo bíblico que evocaban las páginas amarillas, aquel retoñar libre de una raza fuerte y viva, cuya obra debía conquistar el mundo; aquellos hombres de virilidad nunca extinguida y mujeres siempre fecundas, la tenaz y prolífica continuidad de la raza al través de los crímenes, de los incestos, de los amores inconcebibles y extraños. Pascual se sintió invadido por una emoción y gratitud sin límites; su sueño se realizaba, su peregrina de amor, su Abisaig había llegado al fin, en las postrimerías de su vida, para embalsamarla y reverdecerla.

Luego, en voz baja, al oído, sin dejar de poseerla en aquel beso, dijo exhalando un suspiro:

—¡Oh, tu juventud, tu juventud, que me nutre, qué hambre tengo de ella!... Pero tú, tan joven, ¿acaso sientes necesidad de juventud, después de haberme querido á mi tan viejo, como el mundo?

Clotilde se estremeció asombrada, y volviendo la cabeza le miró.

—¿Viejo tú?... Que no, ¡tú eres joven, más joven que yo!

Y reía, enseñando dientes tan blancos, que él no pudo menos de reir también. Pero insistió, algo emocionado:

—Contesta sin ambages... Esa hambre de juventud ¿no la sientes tú, que eres tan joven? Clotilde, entonces, acercó sus labios y le dió un beso, diciendo muy bajo á su vez:

—No tengo más que un hambre y una sed: ser amada, ser amada más que todo lo del mundo, por encima de todo, como tú me amas.

Cuando Martina vió el pastel pegado en la pared, lo contempló un instante en silencio y luego hizo la señal de la cruz, sin que pudiese colegirse si había visto pasar á Dios ó al diablo. Algunos días antes de Pascua

había preguntado á Clotilde si la acompañaría á la iglesia, y habiéndole dicho la joven que no, abandonó Martina por un momento la muda indiferencia en que se mantenía.

De todas las cosas nuevas que la asombraban en la casa, la que más la exaltó era el repentino descreimiento de la joven. Se permitió volver á usar su antiguo tono de amonestación, y exhortarla como cuando era niña y no quería rezar sus oraciones. ¿Había perdido Clotilde el temor de Dios? ¿No temblaba ante la idea de ir al infierno para arder eternamente?

Clotilde no pudo reprimir una sonrisa.

—¡Oh! El infierno sabes que nunca me ha preocupado mucho... Pero te engañas si crees que no tengo religión. Si he dejado de frecuentar la iglesia, es porque hago en otra parte mis devociones. No hay más, te lo aseguro.

Martina, admirada, la miró sin comprenderla. Era cosa hecha: la señorita estaba loca. Y nunca más volvió á repetirle lo de acompañarla á la iglesia de San Saturnino. Pero ella aumentó su devoción, que concluyó por convertirse en manía. Ya no se la veía, en los ratos de ocio, pasear haciendo aquella eterna media, en que trabajaba

andando. En cuanto disponía de un minuto se iba á la iglesia y allí permanecía abismada en oraciones sin fin. Un día que la vieja señora de Rougon, siempre espiando, la había encontrado detrás de una columna, después de una hora de haberla visto por primera vez, Martina se puso colorada y se excusó como una criada sorprendida infraganti delito de holganza.

—Rezo por el señor.

Entre tanto, Pascual y Clotilde extendían más y más sus dominios, prolongaban cada día sus paseos saliendo fuera del pueblo, á la dilatada campiña. Una tarde que iban á la Seguiranne, experimentaron gran emoción al atravesar las tierras cultivadas y oscuras, donde en otro tiempo se extendían los encantados jardines del Paradou. La visión de Albina surgió, y Pascual la vió renovarse como una primavera. Jamás, en otro tiempo, él que se creía muy viejo y que iba allí para alegrar á aquella muchacha, hubiese sospechado que ella había de morir tan pronto, ni que la vida, como madre cariñosa, le regalaría á él una primavera semejante, perfumando su vejez. Y Clotilde, que había sentido pasar entre ambos la visión, volvió hacia Pascual su rostro, impulsada

por la renaciente necesidad de ternura. Ella era Albina, la eterna enamorada. Pascual la besó en los labios, y sin que hubiesen cambiado palabra, un estremecimiento, atravesó aquellos terrenos llanos, sembrados de trigo y de avena, donde el Paradou había extendido su ola de lujuriosa vegetación.

Luego, Pascual y Clotilde caminaron en la llanura seca y desnuda, sobre el polvo crujiente de los caminos. Los dos amaban aquella ardiente naturaleza, los campos plantados de almendros raquíuticos, de olivos enanos, los horizontes con sus colinas peladas, donde blanqueaban las manchas pálidas de las casitas de campo, que acentuaban los troncos negros de los cipreses seculares. Parecíase el territorio á uno de esos países antiguos, clásicos, como se ven en los cuadros de las escuelas primitivas, con sus coloraciones duras y sus líneas vagas y majestuosas. Todo el ardor del sol que había tostado aquellos campos circulaba por las venas de Clotilde y Pascual, que se sentían más vivos, más hermosos, bajo el cielo siempre azul, del cual descendía una claridad llameante, una pasión eterna. Clotilde, protegida en parte por su sombrí-

lla, sentíase desvanecer, dichosa en aquel baño de luz, como una planta orientada al Mediodía; mientras él, rejuvenecido, sentía la ardorosa savia del sol que le ascendía por los miembros, en una oleada de alegría viril.

Este paseo á la Seguiranne era idea del doctor, que había sabido por la tía Diosdada el próximo enlace de Sofia con un mozo molinero, de los alrededores; y Pascual quería saber si estaban todos buenos, si eran felices en aquel rincón. Cuando penetraron en la anchurosa avenida de verdes encinas, los inundó un fresco delicioso. A ambos lados, los manantiales, madres de las tupidas espesuras, deslizábanse sin agotarse nunca. Luego, cuando llegaron á la casa de los aparceros, vieron á los dos enamorados, Sofia y el molinero, que retozaban al lado del pozo: la tía había salido á lavar, allá abajo, detrás de los sauces del Viorne.

La pareja se quedó confusa y avergonzada; pero el doctor y su compañera se reían de tan buena gana, que los novios, ya tranquilos, contaron que el matrimonio se celebraría el día de San Juan, que estaba aún bien lejos, pero ya llegaría. Realmente, Sofia había ganado en belleza y en salud, sal-

vada del mal hereditario, retoñando vigorosamente como uno de aquellos árboles, con los pies en la hierba húmeda de los manantiales y la cabeza desnuda al sol. ¡Ah! El cielo ardiente, inmenso, ¡cuánta vida comunicaba á los seres y á las cosas! Sofía sólo de una pena se quejaba: le asomaron las lágrimas al hablar de su hermano Valentín, que tal vez no pasaría de la semana. Por la noche había tenido noticias de él: era caso desesperado. El doctor tuvo que mentir algo para consolarla; pues él también esperaba de un día á otro el desenlace. Cuando Pascual y Clotilde abandonaron la Seguiranne, volvieron á Plassans á paso lento, enternecidos por la dicha de aquellos amores sanos, al través de los cuales pasaba el soplo de la muerte.

En el barrio viejo, una mujer á quien Pascual asistía le anunció que Valentín acababa de morir. Dos vecinos habían podido llevarse á Guiraudé, que se abrazaba al cuerpo de su hijo, gritando, medio loca. Pascual entró, dejando á Clotilde á la puerta. Por fin tomaron silenciosamente el camino de la Souleíade. Desde que el doctor había reanudado sus visitas, parecía no hacerlas más que por deber profesional, sin exaltar

nunca—como antes—los milagros de su medicación. Le asombraba que la muerte de Valentín se hubiese precipitado tanto, y estaba seguro de haber prolongado un año la vida del enfermo. A pesar de los resultados extraordinarios que obtenía, Pascual sabía que la muerte era inevitable, soberana. Sin embargo, los dos meses que había logrado evitarla deberían haberle halagado, desvaneciendo la contrariedad, siempre viva, de haber matado involuntariamente á Lafouasse algunas semanas antes. Aparentaba Pascual indiferencia, pero un pliegue cruzaba su frente cuando entraron ambos en su querida soledad. Allí le esperaba nueva emoción; el doctor vió en la parte de afuera, bajo los plátanos, donde Martina le había mandado sentarse, á Sarteur, el oficial de sombrerero, el pensionista de las Tulettes á quien Pascual había dado hacía tiempo inyecciones, y la experiencia, hecha con fe parecía haber tenido éxito, como si las inyecciones de sustancia nerviosa reavivasen la voluntad: pues el loco estaba allí, y había salido por la mañana del asilo, jurando que ya no sufriría crisis alguna, que estaba curado completamente de aquella brusca rabia homicida que le impulsaba á que se arrojase sobre un tran-

30851

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CONSEJO DE REYES

seunte para estrangularlo. El doctor lo contemplaba, y le veía chiquito, moreno, con la frente aplastada, la cara picuda, de pájaro, con una mejilla visiblemente más abultada que la otra, razonable, dulce, rebotando una gratitud que le hacía besar las manos á su salvador. Pascual se emocionó, y rechazó afectuosamente sus caricias, aconsejándole que reanudara su vida de trabajo, que era la mejor higiene física y moral. Luego se calmó, y se sentó á la mesa, hablando alegremente de otra cosa.

Clotilde le miraba asombrada, y hasta un poco desazonada.

—Qué es eso, maestro, ¿no estás contento de ti mismo?

Pascual bromeó.

—¿Cuándo lo estuve? Y de la medicina, ¿sabes? ¡según sopla el viento!

Aquella noche, en el lecho, tuvieron su primer disputa. Habían apagado la bujía, quedando en la profunda oscuridad del cuarto, en los brazos uno del otro, ella tan delgada, tan fina, apretada contra él que la tenía abrazada, con la cabeza sobre su corazón. Y ella se incomodaba de que Pascual no tuviese orgullo; le recordaba los disgustos del día, reprochándole no haberse

dado tono con la curación de Sarteur, y aun con la prolongada agonía de Valentín. Clotilde era quien ahora tenía la pasión de la gloria. Recordaba las curas hechas: ¿no se había él curado á sí propio? ¿Podía negar la eficacia de su método? Sintió un calofrío al evocar las ilusiones que en otro tiempo se hacía el doctor: ¡combatir la debilidad, la causa única del mal, curar á la humanidad doliente, hacerla sana, superior, apresurar el bienestar, la ciudad futura perfecta y feliz, interviniendo en ello, dando salud á todo el mundo! ¡El poseía el licor de vida, la panacea universal que proporcionaba esta esperanza inmensa!

Pascual callaba, con los labios posados sobre el hombro desnudo de Clotilde. Después murmuró:

—Es verdad, estoy curado y he curado á otros; creo siempre que mis inyecciones son eficaces en muchos casos... No niego la medicina; el remordimiento de un accidente doloroso como el de Lafouasse, no me hace injusto... Por otra parte, el trabajo ha sido mi pasión, el trabajo me ha devorado hasta ahora; queriendo probar la posibilidad de transformar á la humanidad decrepita en inteligente y vigorosa, me he sentido morir

últimamente... Sí; era un sueño, ¡un hermoso sueño!

Clotilde, con sus brazos suaves, le abrazó á su vez, confundida con él, entrando en su cuerpo.

—¡No, no! ¡Una realidad, la realidad de tu genio, maestro!

Entonces, adheridos como estaban, él bajó la voz; sus palabras fueron una confesión ligera como un soplo.

—Escucha; te voy á decir lo que no diría á nadie en el mundo, lo que ni me digo á mí mismo en voz alta... Corregir la naturaleza, intervenir en ella, modificarla y contrariarla en sus fines, ¿es acaso tarea laudable? Curar, retardar la muerte del ser, por nuestro gusto; prolongar su vida en perjuicio de la especie, ¿no es quizá deshacer lo que quiere hacer la naturaleza? Y soñar una humanidad más sana, más fuerte, modelada sobre nuestra idea de la salud, de la fuerza, ¿no es lícito?

¿Qué tenemos que ver en tales cuestiones; por qué hemos de mezclarnos en esa labor de la vida, cuyos medios y fin nos son desconocidos? Tal vez todo está bien ordenado. Quizá corremos el riesgo de matar el amor, el genio, la vida misma... ¿Comprendes? A ti

sola lo confieso; la duda me atormenta; tiemblo ante la idea de mi alquimia del siglo xx, y concluyo por creer que es más grande y más sano dejar que se realice la evolución.

Pascual se interrumpió, y añadió luego tan suavemente, que Clotilde apenas le oía:

—Sabes que á veces yo les doy sólo inyecciones de agua. Tú misma has notado que hace tiempo no hago preparaciones; te dije que tenía licor de sobra... El agua les alivia, sin duda por mero efecto mecánico. ¡Ah! ¡Aliviar, impedir el sufrimiento, ciertamente que todavía lo ansio! Es quizá mi última debilidad; pero no puedo ver sufrir: el sufrimiento me pone fuera de mí, como una crueldad monstruosa é inútil de la naturaleza... No trato más que de impedir el sufrimiento.

—Entonces, maestro—preguntó Clotilde—si ya no intentas curar, no hay necesidad de hablar claro; porque la terrible necesidad de mostrar las llagas no tiene más excusa que la esperanza de cerrarlas.

—¡Si, sí, es preciso saber, saber, á pesar de todo, y no ocultar nada, decir siempre lo que se sepa de los seres y las cosas!... No hay ya posibilidad de dicha en la ignorancia; sólo la certeza hace serena la vida. Cuando se

sepa más se aceptará, de seguro, el total de existencia... ¿No comprendes que querer curarlo y regenerarlo todo, es una falsa ambición de nuestro egoísmo, una rebelión contra la vida, que declaramos mala porque la juzgamos desde el punto de vista de nuestro interés? Yo siento perfectamente que mi serenidad es mayor, que he ensanchado, elevado mi cerebro, desde que me muestro respetuoso para con la evolución. Es mi pasión por la vida la que triunfa, sin levantar hipótesis sobre su fin, hasta confiarme totalmente, abismándome en ella, sin pretender rehacerla según mi concepción del bien y del mal. Sólo ella es soberana; sólo ella sabe lo que hace y á dónde va; yo no puedo más que esforzarme en conocerla para vivirla, como ella quiere ser vivida... Y mira tú; no la he comprendido hasta que te he tenido á ti. Mientras no te poseía, buscaba la verdad en otra parte y me agitaba, con la idea fija de salvar al mundo. Tú has venido; la vida ya está completa, el mundo se salva á cada instante por el amor, por el trabajo inmenso é incesante de todo lo que vive y se reproduce á través del espacio... ¡La vida impecable, la vida poderosa, la vida inmortal!

Ya no sonaba en suboca más que temblor

de acto de fe, un suspiro de abandono á las fuerzas superiores. La propia Clotilde no razonaba: se dejaba vencer.

—¡Maestro, nada quiero fuera de tu voluntad; tóname, y hazme tuya; que desaparezca mi ser y renazca confundido contigo!

Se entregaron el uno al otro. Luego hubo algunos cuchicheos, un proyecto de vida idílica, una existencia de calma y de vigor en el campo. Toda la experiencia del médico se resumía en aquella sencilla prescripción de un medio físico reconfortante. Pascual maldecía de las poblaciones. No se podía ser robusto y dichoso más que en las vastas llanuras, bajo los rayos del sol, á condición de renunciar al dinero, á la ambición, hasta á los excesos orgullosos de los trabajos intelectuales. No hacer nada sino vivir y amar, cavar la tierra y tener hijos hermosos.

—¡Ah! —dijo Pascual dulcemente.— ¡El niño, nuestro hijo, que vendrá algún día...

Y no terminó, presa de la emoción que le produjo la idea de aquella paternidad tardía, que le trastornaba. Evitaba hablar de ello; volvía la cabeza, con los ojos húmedos, cuando, durante sus paseos, alguna niña ó algún rapazuelo le sonreía.

Clotilde, con una seguridad tranquila, dijo sencillamente:

—¡Ya vendrá!

Para ella era la consecuencia natural é indispensable del acto. Al fin de cada uno de sus besos se hallaba la idea del niño, porque todo amor que no tenía por objeto engendrar un hijo, le parecía inútil y feo.

Esta era una de las causas porque no le interesaban las novelas. No era ella, como fué su madre, una gran lectora; el vuelo continuo de su imaginación le bastaba, y desde luego la fastidiaban las historias inventadas. Pero, sobre todo, su asombro continuo, su continua indignación consistía en saber que en las novelas de amor no se preocupaba nadie del hijo. Nadie contaba con él, y cuando por azar sobrevenía en medio de una aventura del corazón, representaba una catástrofe, una complicación terrible. Jamás los amantes, al enlazarse, parecían sospechar que realizaban una obra de vida, de la cual nacería un hijo. Además, los estudios de historia natural habían enseñado á Clotilde que el fruto era el objeto único de la naturaleza. Solo él le importaba, sólo él constituía el fin; estaban tomadas todas las precauciones para que la semilla no se perdiera, y la ma-

dre amamantara al hijo. El hombre, al contrario, al civilizar, al depurar el amor, había apartado de él hasta la idea del fruto. El sexo de los héroes, en las novelas distinguidas, no era sino una máquina pasional. Se adoraban, se unían, se apartaban, soportaban mil muertes, se abrazaban, se asesinaban, desencadenando una tempestad de catástrofe todo por el placer, fuera de las leyes naturales, sin parecer acordarse de que con el amor se hacen los hijos. Lo cual era indigno y estúpido.

Sonrió la joven, y arrimando su cara al cuello del doctor, repitió con gentil audacia de enamorada, y no sin vergüenza:

—Ya vendrá... Puesto que ponemos todo lo necesario de nuestra parte, ¿por qué no lo hemos de tener?

Pascual, al pronto, no respondió. Clotilde le sentía entre sus brazos, frío, invadido por la tristeza y la duda. Al fin murmuró el doctor tristemente:

—No, no, es demasiado tarde... ¡Piensa en mi edad, querida!

—¡Pero si eres joven!—exclamó ella nuevamente, en un arranque de pasión, estrechándole y cubriéndole de besos.

Entonces viéronse. Y se durmieron en un

abrazo, él boca arriba, estrechándola con su brazo izquierdo, ella, oprimiéndole con todos sus miembros largos y suaves, con la cabeza apoyada en su pecho, los cabellos rubios esparcidos, mezclados con la barba blanca de Pascual. La Sunamita dormía con la mejilla sobre el corazón de su rey. Y en medio del silencio, en la amplia habitación en tinieblas, tan dulce para sus amores, no se oyó más que la suave respiración de ambos.

IX

Continuaba, pues, el doctor Pascual sus visitas de médico por la ciudad y la campiña del contorno. Y casi siempre llevaba del brazo á Clotilde, que entraba con él en las viviendas de los pobres.

Pero según había confesado muy bajito una noche, ahora aquellas visitas no eran más que de animación y de consuelo. Ya anteriormente, cuando acabó por no ejercer sino con gran repugnancia, era porque comprendía todo el vacío de la terapéutica. El empirismo lo descorazonaba. Desde el momento en que la medicina no era ciencia experimental, sino arte, sentía honda inquietud ante la infinita complicación de la enfermedad y del remedio variable, según el paciente. Las medicaciones cambiaban con las hipótesis: ¡cuánta gente debieron de matar, antiguamente, los métodos hoy abandonados! Todo se cifraba en el golpe de vista del